Globethics Repository



¿Hacia la reforma del Canon? [Towards reform of Canon?]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Augé, Matías
Publisher	Asociacion Iglesia Viva
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-11-11 19:11:17
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/224444

¿HACIA LA REFORMA DEL CANON?

Matías Augé

La renovación litúrgica decretada por el Concilio Vaticano II ha iniciado, como era de esperar, por la Santa Misa. En marzo de 1965 entraban en vigor una serie de normas que modificaban sobre todo la celebración de la Liturgia de la Palabra. Posteriormente, la admisión de la lengua hablada en el culto, recaía también preponderantemente sobre la primera parte de la Misa. A esto hemos de añadir la reciente introducción de la lectura continuada de la Escritura. La experiencia que la asamblea cristiana está haciendo de la «nueva» Misa es, pues, lagunosa. Mientras por una parte comienzan los fieles a descubrir el auténtico sentido de la celebración de la Liturgia de la Palabra como diálogo con el Señor, siguen sintiéndose extraños en la parte central de la Misa o Liturgia Eucarística. El signo cultual no ofrece aquí aún elementos suficientemente asequibles para una clarificación catequética o para una participación inteligente.

Estas dificultades son objeto de atento examen por parte de los organismos de la Santa Sede encargados de la elaboración de la liturgia posconciliar. El silencio de estos dos últimos años podrá parecer a algunos infecundo. Creemos, sin embargo que la labor callada que los estudiosos están realizando produce ya sus frutos, fácilmente reconocibles en el campo científico. Una serie de artículos y obras de eminentes liturgistas, aparecidos a finales de 1966 y principios de 1967, se encaminan unánimemente hacia el mismo objeto: el canon de la Misa romana. Se habla claramente de

revisión o de reforma del Canon. Si bien no todos estos estudios se mueven en una línea unánime de criterios y de apreciación de los variados y múltiples problemas que encierra el Canon, ofrecen, sin embargo, una serie de puntos de vista comunes que creemos oportuno exponer aquí para facilitar así una reflexión en un campo más vasto de opinión de la Iglesia (1).

Contenido fundamental

Es el problema básico que hay que plantearse antes de hablar de revisión del Canon.

Constatamos, en primer lugar, que el Canon es ante todo una «Oración», la «Grande Oración Eucarística», o sea, una oración de acción de gracias y de alabanza. Inicia precisamente con la invitación «Demos gracias al Señor» y termina con una alabanza trinitaria refrendada por el Amén del pueblo cristiano: «Por él, con él y en él te es dado a Ti, oh Dios, Padre Todopoderoso, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria, por los siglos de los siglos».

Concepto de sumo interés que nos conduce directamente a la oración pronunciada por Cristo en la institución de la Eucaristía. Cristo «bendijo» y «dio gracias» (cfr. Mt. 26, 26-27; Mc. 14, 22-23). No sabemos más del contenido de esto que podemos llamar el Canon de la primera Misa. Pero, sin duda, Cristo formuló su oración según el modelo de la gran acción de gracias pascual de los judíos. Esta oración era fundamentalmente una acción de gracias por la salvación obrada por Dios para con Israel a lo largo de la historia. En los labios de Cristo tal oración se enriquecía con un contenido evangélico; era la solemne proclamación en alabanza admirativa y jubilosa de las maravillas que Dios había cumplido en Jesús y más en particular de la obra maravillosa con la cual estaba a punto de coronar todas las demás: la muerte y resurrección de Cristo.

De este núcleo de la tradición escriturística proceden todas las oraciones eucarísticas que desde los primeros siglos han proliferado en las liturgias de la Iglesia. San Justino, que nos describe la Eucaristía de mediados del siglo II, dice que el presidente de la asamblea toma el pan y la copa de vino, y alaba y glorifica al Padre de todos por el nombre del Hijo y del Espíritu Santo; pronuncia después —añade— una larga acción de gracias por habernos hecho merecedores de estos dones. Terminadas la oración y la acción de gracias, todo el pueblo presente aclama: Amén (2). Se mantiene claramente en esta línea la breve y diáfana Oración Eucarística que a principios del siglo III nos ofrece la *Tradición Apostólica* de Hipólito: en ella se canta la obra de salvación de Dios que se realiza en la creación del universo por el Logos preexistente y en la obra de salvación del Logos encarnado y aparece resumida en la Cena (3).

La Oración Eucarística cristiana es, pues, ante todo una alabanza y un memorial. El contenido de este memorial abarca toda la historia de la salvación y se centra en el suceso clave de la misma: la muerte y resurrección de Cristo.

---

(1) Entre la reciente literatura sobre nuestro tema, recordamos: L. Bouyer, *Eucharistie. Théologie et spiritualité de la Prière Eucharistique* (Desclée 1966); C. Vagaggini, *Il canone della messa e la riforma liturgica* (Torino-Leumann 1966). Han dedicado números monográficos al Canon las revistas: *La Maison-Dieu* 87 (1966); *Revista Litúrgica* 4 (1966); *Ephemerides Liturgicae* 6 (1966); *Phase* 36 (1966).

(2) S. Justino, *Apología I* 65.

(3) S. Hipolito, *La Tradición Apostólica* 4.

La Iglesia, recogiendo el mandato de Cristo: «Haced esto en memoria mía» (I Cor. 11, 24-25; Lc. 22, 19), celebra la Eucaristía y ve en ella un «sacrificio», que es memoria y actualización del único sacrificio de Cristo. Renovando este sacrificio, la Iglesia lo ofrece de nuevo al Padre. Idea expresada con brevedad y justeza en el Canon romano con las palabras: *Unde et memores... offerimus*. La Iglesia participa además del contenido salvífico de este sacrificio por medio de la Comunión. Por lo tanto, en el concepto de «memoria» se unen y explican maravillosamente los dos aspectos fundamentales de la Eucaristía: alabanza-acción de gracias y sacrificio-banquete.

Todo esto que podemos llamar el «contenido fundamental del Canon» está primordialmente en el orden de la *palabra*, esto es, recibe significado primordialmente de la grande oración de bendición y acción de gracias pronunciada por el sacerdote. De ahí la importancia que tiene para una recta comprensión de la Eucaristía la formulación lógica y jerarquizada de estos conceptos en el Canon de la Misa.

Estructura literaria

El Canon romano comprende desde el diálogo que precede al prefacio hasta la doxología *Per ipsum* inclusive. Constatamos en seguida que la unidad estructural de esta parte central de la Misa es difícil de delinear.

Tenemos, en primer lugar, el Prefacio y el *Sanctus* recitados en voz alta y en la lengua hablada. Sigue una serie de oraciones reservadas al celebrante, quien las recita en secreto. Finalmente, el celebrante levanta la voz para pronunciar, en latín, la doxología final *Per ipsum* y facilitar así el Amén de la asamblea. A estas fracturas de la unidad de nuestro Canon hay que añadir las producidas por cuatro *Per Christum Dominum nostrum. Amén*, que hacen que éste aparezca como un conjunto de oraciones yuxtapuestas unas a otras más que como una única Gran Oración Eucarística. Es discutible la opinión de Bouyer que quiere ver en esta discontinuidad del Canon un signo de primitividad...

Los conceptos que se desarrollan a lo largo del Canon se nos presentan aún de más difícil conjunción lógica. El Prefacio y el *Sanctus* tocan el tema de la acción de gracias y de la alabanza con referencia a las obras realizadas por Dios a lo largo de la historia de la salvación. El *Te igitur* corta brusamente esta línea e inicia una serie de oraciones de petición: *Rogamus ac petimus*. La línea narrativa vuelve a aparecer con el *Qui pridie* que nos lleva al relato de la Institución, seguido lógicamente del *Unde et memores*. Con el *Supra quae* entra de nuevo la oración petitoria. El *Per ipsum* concluye el Canon volviendo a la alabanza.

Mucho han escrito los estudiosos sobre las oraciones de tipo petitorio y sobre las intercesiones del Canon romano. En general, reconocen su legitimidad dentro de la Oración Eucarística. Lo que impugnan es la distribución desordenada que presentan en nuestro Canon actual. Para muchos, sería más lógico agrupar todas estas intercesiones al final del Canon, después del *Unde et memores* y antes de la doxología final.

Uno de los conceptos fundamentales de la Oración Eucarística es el de la oferta del sacrificio de Cristo al Padre por parte de la Iglesia. Esto es expresado oportunamente y con claridad en el *Unde et memores... offerimus*. Sin embargo, la aparición de la misma idea en el *Te igitur, Hanc igitur, Quam oblationem*, parece desorientar y quitar fuerza al *offerimus* del *Unde et memores*. Por otra parte, el concepto de oferta llega a dominar de tal manera en nuestro Canon que oscurece el concepto de «memoria», el cual, como dijimos, tendría que estar en la base de todo, como punto de referencia.

En resumidas cuentas, el Canon actual a la carencia de una adecuada presentación sintética de la historia de la salvación, une un conjunto de fracturas estructurales y de contenido que hacen difícil su intelección.

ESTRUCTURA RITUAL

Si prescindimos del Prefacio-*Sanctus* y de la doxología final, el Canon es recitado por el solo celebrante y en silencio. Los estudiosos se muestran unánimes en propugnar la vuelta al canto o a la voz alta, según el uso romano hasta el siglo VIII. No se advierte ya preocupación alguna por buscar razones o justificaciones al silencio del Canon romano como comúnmente solía hacerse antes en todo comentario de la Misa (4).

El silencio del Canon hace que los fieles centren su atención más que en la Oración Eucarística en los gestos que la acompañan, que se reducen casi exclusivamente a la elevación de ambas especies y a las repetidas genuflexiones del celebrante, gestos todos de adoración. De ahí que a través del signo se dé una catequesis eucarística parcial y periférica, poniendo en el primer plano de la atención el aspecto de la Misa como culto de adoración eucarística. La Eucaristía es *ante todo* una oración de alabanza y de acción de gracias...

Si bien el Canon es una oración eminentemente presidencial, es pronunciada en nombre de toda la comunidad eclesial y debe, por lo mismo, llegar a todos. En caso contrario, no es de extrañar que los fieles se concentren sobre sí mismos, en sus cosas, desconectándose del momento ritual que, por otra parte, los debiera empeñar aún más que otras partes de la Misa.

La actual participación externa de los fieles se reduce al diálogo inicial, al *Sanctus* y al *Amén* que cierra el Canon. Los fieles son, sin embargo, los *circunstantes* que ofrecen juntamente con el sacerdote el Sacrificio. El plural de las oraciones del Canon llama continuamente a toda la asamblea cristiana. También en este punto se desea una renovación que, admitiendo una mayor intervención del pueblo fiel, respete el carácter sacerdotal o presidencial de la Oración Eucarística al mismo tiempo que su estructura unitaria. El Canon en voz alta llevará por sí mismo a plantearse la introducción de la lengua hablada también en esta parte central del Sacrificio Eucarístico.

El estado actual del Canon ofrece reales dificultades para una comprensión y participación consciente por parte de la comunidad cultual. Si bien los estudios presentes forman en la Iglesia una fuerte corriente de opinión que ayudará sin duda a que madure una pensada renovación de la Liturgia Eucarística, la catequesis no puede esperar inactiva esta reforma. Es necesario abordar ya desde ahora una catequesis profunda de la Oración Eucarística. El conocimiento de los elementos fundamentales de la misma y de los límites objetivos que presenta en la redacción de nuestro actual Canon ayudarán a que tal catequesis sepa acentuar y jerarquizar aquellos aspectos esenciales y permanentes, sin detenerse en los accidentales y periféricos. Esta labor preparará además a los fieles para la aceptación consciente de una eventual reforma del Canon romano, en cuanto que en sus cambios estructurales y de forma sabrán descubrir siempre las líneas esenciales y tradicionales.

(4) Véase p. e. lo que SCHNITZLER escribe en su conocido librito *Meditaciones sobre la Misa* (Barcelona 1960), p. 271: «el silencio en el santuario íntimo de la misa es una verdadera preciosidad. Ante todo, libra el sublime texto de toda insuficiencia de cantores inhábiles. El silencio en el altar es una exhortación al silencio de los fieles. El silencio externo invita a que calle el corazón. El silencio prepara el terreno a la invasión del júbilo celeste. El silencio abre a la voz del amor de Cristo, el oído que se ha cerrado al estrépito de las cosas terrenas».